

de carpintero. No satisface, digo, esta respuesta, porque no es creible que el maestro, con quien aprendia, no diese noticia á la madre y hermanos de Francisco de la funesta novedad de haber éste perdido el juicio, si en realidad le hubiese perdido, y áun cuando esta novedad acaeciese uno ú dos dias ántes de arrojarse al agua, cuando se le dió á la madre aviso de su creida muerte, se le daría tambien de la causa de ella, que era la pérdida del juicio. Esto es tan natural, que no puede ponerse duda en ello. Añádase, que si el maestro y compañeros de Francisco hubiesen advertido que estaba loco, le observarían con más cautela, ni áun le permitirían apartarse de la orilla. Discurrir, que en el mismo acto de bañarse se le pervirtió la razon, sería extender la conjetura hasta los últimos términos de la posibilidad.

Así, tengo por mucho más probable, que en el discurso de tiempo que vivió en el mar se le fué sucesivamente estragando la razon. En esto pudieron influir varios comprincipios. En primer lugar, el continuo contacto del agua marina es natural indujese alguna grave intemperie en su cerebro, que le dejase inútil para las operaciones racionales. En la agua marina hay que considerar tres distintas substancias: la primera es la agua misma, ó lo que es puramente agua; la segunda el sal, que está mezclado con ella; la tercera es otra substancia bituminosa ó sulfúrea, que es lo que principalmente la hace insalubre y fétida. Así, no está en la sal, como comunmente se piensa, la dificultad de hacer potable el agua del mar, pues la sal sin dificultad, y con varios medios, se separa de ella, sino en estotra substancia bituminosa, cuyas partículas están tan enredadas con las del agua, que hasta ahora no se halló modo de separarlas enteramente, y haría un gran beneficio al mundo el que descubriese secreto para lograrlo. Todos estos tres principios de que consta la agua marina, pudieron inducir la intemperie dicha, ó por lo ménos alguno de ellos, especialmente el tercero, como mas extraño al hombre, pues el sal y el agua no son forasteros de nuestro uso.

En segundo lugar, el alimento de peces crudos. No es dudable que hay alimentos nocivos al cerebro, y algunos tanto, que descomponen el juicio. Comer una ú otra vez peces crudos, es cierto que no llega á causar tanto daño; pero nada tiene de inverisímil que le cause su continuo uso. Y cuando esto no, ¿quién quita que haya alguna especie de peces que haga este efecto, y que á nuestro navegante obligase, ó la necesidad, ó la casualidad, á comer algunas veces los de esa especie?

En tercer lugar, la separacion de comercio con todos los racionales. No hay facultad en el hombre que no se habilite más con el ejercicio, y que no se entorpezca por la falta de él. La accion de discurrir es algo fatigante, como cualquiera puede experimentar en sí mismo. Así, si se hace reflexion sobre ello, se hallará que apénas nos ponemos jamas á discurrir, sino movidos de alguna especie de necesidad ú de interes. El preciso comercio con los demas hombres nos obliga á discurrir, no sólo cuando tratamos con ellos, mas tambien en los intervalos que no tratamos, para obrar y hablar con acierto cuando llegue la ocasion de tratar; con

acierto, digo, segun los fines que cada uno tiene. Así, me imagino, que uno que se resolviese á vivir siempre separado de toda sociedad humana, ejercitaria poquisimo el discurso. El discurrir le costaría alguna fatiga, y nadie se fatiga sin el atractivo de alguna conveniencia. Cuando más, ocuparía la razon en aquello poco en que ocupa la suya, tal cual ella es; un bruto montaraz; esto es, en procurarse el alimento para su conservacion, y si ése le tuviese siempre á mano, como nuestro hombre en los peces, ú otro que habitase las selvas, en frutas silvestres, ni áun en eso la ocuparía. Así, dicho solitario, entregando totalmente al ocio la facultad discursiva, sólo daría ocupacion á la imaginativa, á quien soltaria la rienda para que, errante, sin orden, sin concierto, sin designio, vaguease por todos los objetos que le presentase la casualidad, porque en esto no se siente fatiga alguna. De este ejercicio de la imaginacion y ocio del discurso, continuados por mucho tiempo, es natural resulte una extraña confusion de ideas que sirva de grande embarazo al uso de la razon, y que con dificultad se borre. Es verdad que esta causa sola no bastaría para la demencia de que tratamos; pues á depender únicamente de ese principio, poco á poco con el nuevo comercio con los racionales se iría restituyendo á su estado natural el discurso; y consta, que nuestro hombre, los nueve años que despues estuvo en tierra, siempre se mantuvo en el mismo estado de perturbacion. Así, se debe creer, que juntamente con este principio concurrieron los anteceden-temente expresados, ó, por lo ménos, alguno de ellos.

A la dificultad propuesta arriba, de que no parece creible que un hombre, teniendo aún entero el uso del juicio, tomase una resolucion tan extraña, sólo se hallará embarazado para responder quien no comprenda cuán violentas son algunas pasiones en los hombres. ¡Cuántos, conociendo que las immoderadas fatigas de la caza les abrevian la vida, fuera de las fatales casualidades á que ese ejercicio les expone, atropellan el riesgo, y padecen el daño por no perder el deleite! ¡Cuántos insisten en el galanteo, que á cada paso les presenta un peligro! ¡Cuántos, por lograr en la guerra el vano humo del aplauso, hacen, no una, sino muchas veces, frente á nublados de fulminado plomo! Así, suponiendo en nuestro hombre una violentísima pasion por la vida acuátil, lo que es muy conforme á las noticias que tenemos, nada muestra de inverisímil, que ántes de perder el uso de la razon se resolviese á vivir siempre en compañía de los peces. Debemos suponer tambien, que probó ántes muy bien sus fuerzas para ese modo de vivir; que con la oportunidad de estar á la márgen de una ria se ejercitaria mucho en el nado; que tentaría hasta cuándo podía sufrir la falta de respiracion ú de sueño, y echaría sus cómputos sobre los intervalos que le concedería la vida acuátil para gozar uno y otro beneficio, fundado todo en las experiencias hechas. Es tambien probabilísimo que se ensayase muchas veces en la comida de peces crudos; lo que no es cosa tan extraordinaria, que, sin ese designio, y áun sin necesidad alguna, no lo practiquen muchos con algunas especies de peces. En las partes marítimas de Galicia son muchos los que comen las ostras crudas y vivas; de suerte, que al momento que el pescador las saca del agua, abren las

conchas y se las tragan, y dicen que son mucho más regaladas de este modo, que sazonadas con los más preciosos condimentos. Es verdad que algunos, áun en aquel estado, las aderezan con un poco de pimienta y zumo de naranja; pero el sacarlas de la agua, aderezarlas y comerlas, todo se hace en ménos de la cuarta parte de un minuto.

§ XI.

Hemos discurrido hasta aquí filosóficamente sobre todas las circunstancias del peregrino suceso de este hombre. Ahora nos resta deducir de él algunas consecuencias conjeturales, que son relativas á parte de los puntos esenciales que hemos tratado en el discurso antecedente. *Conjeturales* digo, con que significo que no procedo resolutoria, sino problemáticamente, en lo que voy á proponer. Es asunto muy delicado, y el rumbo por donde ahora llevo el discurso, muy nuevo, para poder, sin nota de temeridad, empeñarme en una decision afirmativa. Así, todo lo que prudentemente puedo y delibero hacer, es, proponer con indiferencia mis conjeturas á los discretos, para que las admitan ó reprueben, segun el dictámen que les parezca más acertado.

En el discurso antecedente (*) hemos tratado de los hombres marinos y de los que en la isla de Borneo llaman hombres silvestres ó salvajes, aplicándonos al sentir universal de que son verdaderos brutos los primeros, y á la opinion, segun comunes principios, más probable, de que tambien lo son los segundos. Ahora veremos cómo el suceso que hemos referido da bastante motivo para conjeturar que unos y otros son verdaderos hombres, de la misma especie que nosotros, y hijos de los mismos comunes padres. Empecemos por los hombres marinos; entendiéndose que aquí hablamos, no de aquellos cuya figura es la mitad de hombre y la mitad de pez, á quienes dimos el nombre de tritones, sino de los otros, que en todos sus miembros imitan perfectamente los nuestros.

La uniformidad en la configuracion de miembros es para todos una prueba tan segura de uniformidad en la especie, que nadie hay que no colija de la primera la segunda; de modo que, si un europeo, trasladado á una tierra incógnita, viese allí un animal semejante en la configuracion de todos los miembros á nuestros caballos, otro semejante á nuestros perros, otro semejante á nuestros bueyes, afirmaría sin duda que el primero era caballo, el segundo perro, el tercero buey. Es verdad que la certeza de esta prueba debe considerarse limitada á los casos en que no haya alguna dificultad totalmente insuperable, contra la conclusion que se deduce en ella. Esta dificultad se creyó que la habia, en que los hombres marinos fuesen verdaderos hombres, porque nadie imaginó que aquellos animales no fuesen marinos en su primer origen; esto es, cuya primera creacion se habia hecho en las aguas, como la de todos los demas acuátiles. Siendo esto así, no podían ser descendientes de Adán; luego ni verdaderos hombres; pues nos enseña la fe, que todos los que lo son, descienden de Adán: *Omnes homines de solo, et eo*

(*) Omitido, segun queda dicho en la página 331. (V. F.)

terra, unde creatus est Adam (*Ecclesiast.*, capítulo xxxiii.) Aun cuando á alguno ocurriese el pensamiento de si era posible ó no, que aquellos acuátiles tuviesen su origen en nuestra misma especie, resolveria sin duda por parte de la imposibilidad, pues miraría como una gran quimera, que algun hombre, nacido y criado en la tierra como los demas, quisiese ni pudiese hacer morada perpétua en el mar como los peces.

Esta dificultad, que parecia insuperable, ya se halla superada con el ejemplo de nuestro acuático peregrino; con que subsiste toda la fuerza del argumento, tomado de la uniformidad de configuracion en hombres marinos y terrestres. Lo que hizo el hombre de Liérganes, pudieron hacer en los siglos anteriores otros algunos, no sólo hombres, mas mujeres, pues no repugna en algunos individuos de este sexo toda la fuerza, habilidad, inclinacion y ejercicio en el nado que tenía nuestro hombre. Y como un hombre y una mujer, de comun acuerdo, pudieron juntarse (lo que por innumerables accidentes podía suceder), de éstos, por varias sucesiones, podrían originarse todos los hombres y mujeres marinas que se han visto en distintas partes del Océano.

Dificultarése acaso cómo se podría ejercer dentro de las aguas la obra de la generacion, la del parto, y tambien la educacion de los infantes. Mas en nada de esto encuentro dificultad, que no sea muy vencible; pues sobre que á todos esos oficios podían servir varias isletas desiertas, y las rocas mismas, que son estorbo á los navegantes, y áun muchas orillas despobladas de uno y otro continente, no se ofrece imposibilidad alguna en que las dos primeras operaciones se ejerciesen dentro de las aguas; y por lo que mira á la tercera, podrían alternar padre y madre el cuidado de sostener al infante sobre la superficie del agua el tiempo necesario para respirar, hasta tanto que se habilitase para nadar como ellos.

Tambien me persuado á que el no pensar nadie en que los hombres marinos fuesen verdaderos hombres, provendría en parte de verlos negados al uso de la locucion, con pocas ó ningunas apariencias de racionalidad; mas tambien esta dificultad queda perfectamente allanada con la experiencia del embrutecimiento y carencia casi total del habla del hombre de Liérganes. Es de creer, que estando más tiempo en el agua, perdiese el uso áun de aquellas pocas voces, que fuera de propósito articulaba. Así, supuesta la uniformidad de configuracion de todos los miembros, que atestiguan las historias, entre hombres marinos y terrestres, todo conspira á persuadir, que aquellos son descendientes de éstos. Caben en la posibilidad innumerables accidentes, por los cuales un hombre y una mujer, ú algunos hombres y mujeres, se entregasen al mismo destino que nuestro Francisco de la Vega. ¿Cuán factible es que en uno ó muchos lugares marítimos haya en la antigüedad dominado á uno y otro sexo una violenta pasion por la diversion del nado? Puesta ésta, el mucho ejercicio, y la emulacion de excederse unos á otros, habilitaría algunos hombres y mujeres hasta aquel grado en que consideramos al siciliano Nicolao y al español Francisco. Habilitados de este modo, ¿qué imposibilidad, ni áun qué inverisimilitud, hay en que el amor loco de un hom-